

Dibujo de RAMÓN COSTA.

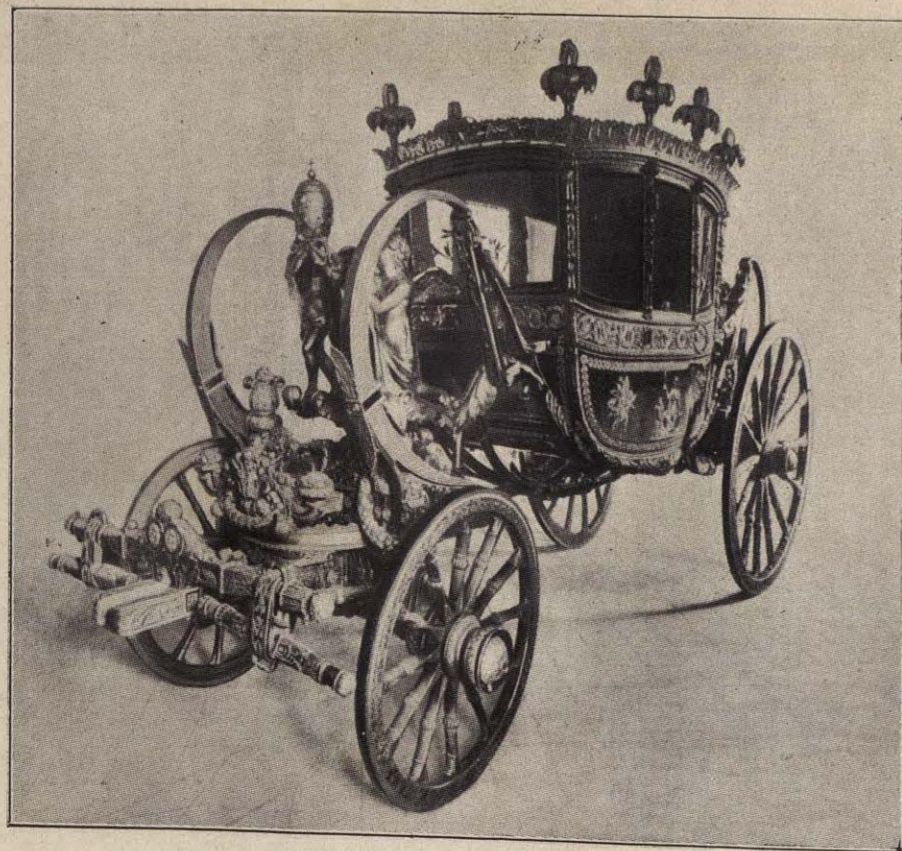
EL PAPA LEÓN XIII

No es nuestra humilde pluma la llamada a enaltecer las ejemplarísimas virtudes y profunda sabiduría del varón eminentísimo que rige en la actualidad los destinos de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ni se atrevería a intentarlo siquiera, si no la obligara a ello el compromiso moral que el ALBUM SALÓN tiene contraído con el público y del que menos que nunca puede evadirse ahora que un acontecimiento no registrado en muchos siglos y que ha de formar época en la historia de la humanidad, absorbe las atenciones del mundo entero.

Esto no quiere decir que el cumplimiento del deber deje de causarnos hoy, como siempre, inmensa satisfacción; por el contrario, siendo constantes admiradores y entusiastas apologistas de cuantas personalidades logran escalar con justicia un alto puesto, ha de complacernos en grado extremo, rendir homenaje a quien ha llegado a la meta de la carrera eclesiástica y ocupa un Trono, único en la tierra, para el cual requiérese cualidades y conocimientos indiscutiblemente extraordinarios.

Lo que sí hemos querido significar, es que nos consideramos poco autorizados para emitir juicios propios acerca de una entidad tan elevada; y por esto y por la índole especial de nuestra Revista, damos sólo a las presentes líneas carácter de información, utilizando al efecto los datos y observaciones que nos ha suministrado la prensa española y extranjera no afiliada a idea ni partido alguno.

Retratando moralmente a S. S., nos dice, que si hay inefable dulzura en sus ojos, revelan en momentos dados inquebrantable energía; que bajo su apariencia pacífica se oculta una voluntad firme, capaz de todas las resistencias, hasta el punto de saber mandar en sí mismo lo propio que en los demás. En derredor suyo reina el orden más severo; cada cual tiene marcado su trabajo, que él predica con el ejemplo, pues es el primero en practicarlo, no ya de día, sino también a altas horas de la noche. Muchas veces, mientras Roma duerme, se ve a lo lejos, en medio de la obscuridad, una lucecita en el Vaticano, reveladora de



LA CARROZA DE GALA DE LOS SOBERANOS PONTÍFICES.

que el Papa escribe ó reza todavía. Como rasgos principales, además de los citados, le reconoce una piedad angelical, una paciencia ilimitada, y amor tan entrañable a la justicia como horror a la iniquidad.

Prescindiendo de toda pasión política, de fe religiosa y de nacionalidad, ese augusto anciano es un motivo de orgullo para la raza humana: su longevidad excepcional, al dejarle físicamente reducido a la mínima expresión, ha conservado intactas todas las cualidades de su alma, sin duda para hacerle objeto de veneración universal.

Joaquín Vicente Pecci, que al ser elegido para el Pontificado tomó el nombre de León XIII, nació en Carpineto, pequeña villa de la diócesis de Anagni, situada a quince leguas de la Ciudad Eterna en el antiguo país de los Volscos, el día 2 de Marzo de 1810, siendo sus padres el conde Luis Pecci, alcalde de la misma, y Ana Proserpi, aristocrática dama de Cori. A los ocho años cumplidos ingresó en el Colegio de los Jesuitas de Viterbo y, huérfano de madre a los catorce, se trasladó a Roma, a la casa de un tío materno, continuando allí su educación en el Colegio Romano, sostenido también por los Jesuitas. Ganó el primer premio de Física y Química en 1828; comenzó en aquel tiempo los estudios de Teología y, no obstante su juvenil edad, mereció que se le confiara el cargo de Repetidor en el Colegio Germánico. En 1831 obtuvo

el grado de Doctor en Teología, siguió después los cursos de la carrera de Derecho en la Universidad de Roma hasta recibir el grado de Doctor *in retroquo jure* y fué ordenado de sacerdote en 23 de Diciembre de 1837. Marchó en calidad de Protonotario apostólico a las provincias de Benevento, Espoleto y Perugia; vióse preconizado Arzobispo *in partibus* de Damietta en 27 de Enero de 1843, y, nombrado luego Nuncio en Brusulas, cargo que conservó por espacio de tres años, residió sucesivamente en las principales ciudades de Bélgica, agraciándosele, al cesar en él, con el gran cordón de la orden de Leopoldo. En 21 de Julio de 1846 tomó posesión del Arzobispado de Perugia, cuya

silla metropolitana ocupó hasta su elevación a la Pontificia, ó sea durante treinta y dos años. Fué Cardenal del orden de presbíteros desde 19 de Diciembre de 1850, y en su administración, a la vez civil y eclesiástica, adquirió gran popularidad por su conducta hábil, no exenta de firmeza, pues extirpó el bandolerismo de la provincia que le estaba confiada y hubo tiempo en que se encontraron vacías todas las prisiones de su jurisdicción. Elegido camarlangue de la Iglesia romana en 21 de Septiembre de 1877, preparó, cumpliendo los deberes de dicho cargo, el Cónclave que hubo de reunirse para nombrar al sucesor de Pío IX, en el cual resultó el favorecido, en tercer escrutinio y al cabo de treinta y seis horas de deliberación.

Desde entonces, según el *Anuario Pontificio*, goza de los siguientes títulos: Obispo de Roma, Vicario de Jesucristo, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Sumo Pontífice de la Iglesia Universal, Patriarca de Occidente, Primado de Italia, Arzobispo metropolitano de la provincia romana y Soberano de los dominios temporales de la Iglesia romana; y es por derecho propio: Prefecto de la Santa y Universal Inquisición, de las

Congregaciones, de la Consistorial y de la Visita apostólica, y Protector de los Benedictinos, Dominicanos y Franciscanos.

En el día 3 del pasado Marzo cerró su Jubileo Pontifical, por haber transcurrido veinticinco años de su solemne coronación, habiéndose celebrado con tan fausto motivo grandes fiestas religiosas en Roma y en todas las iglesias del mundo cristiano. Merece especial mención, aunque no nos sea dable reflejar su suntuosidad y grandeza, la que tuvo efecto en la Capilla papal de San Pedro, con asistencia de las peregrinaciones del Piamonte, Liguria, Toscana, el Véneto, las Romañas, las Marcas, la Umbría, la diócesis de Niza, Austria, Prusia, Bélgica, etc. Cálculase que asistieron a ella más de sesenta mil personas con tarjetas distribuidas por el mayordomo de S. S., todos los Cardenales y cerca de trescientas altas dignidades, entre Arzobispos, Obispos y otros Prelados.

El Santo Padre hizo su entrada solemnísimamente en la silla gestatoria y ciñendo la tiara de oro que pocos días antes le había ofrecido su Cardenal Vicario, en nombre de todos los fieles del orbe; símbolo de la triple potestad pontificia y dón colectivo de las naciones y diócesis todas.



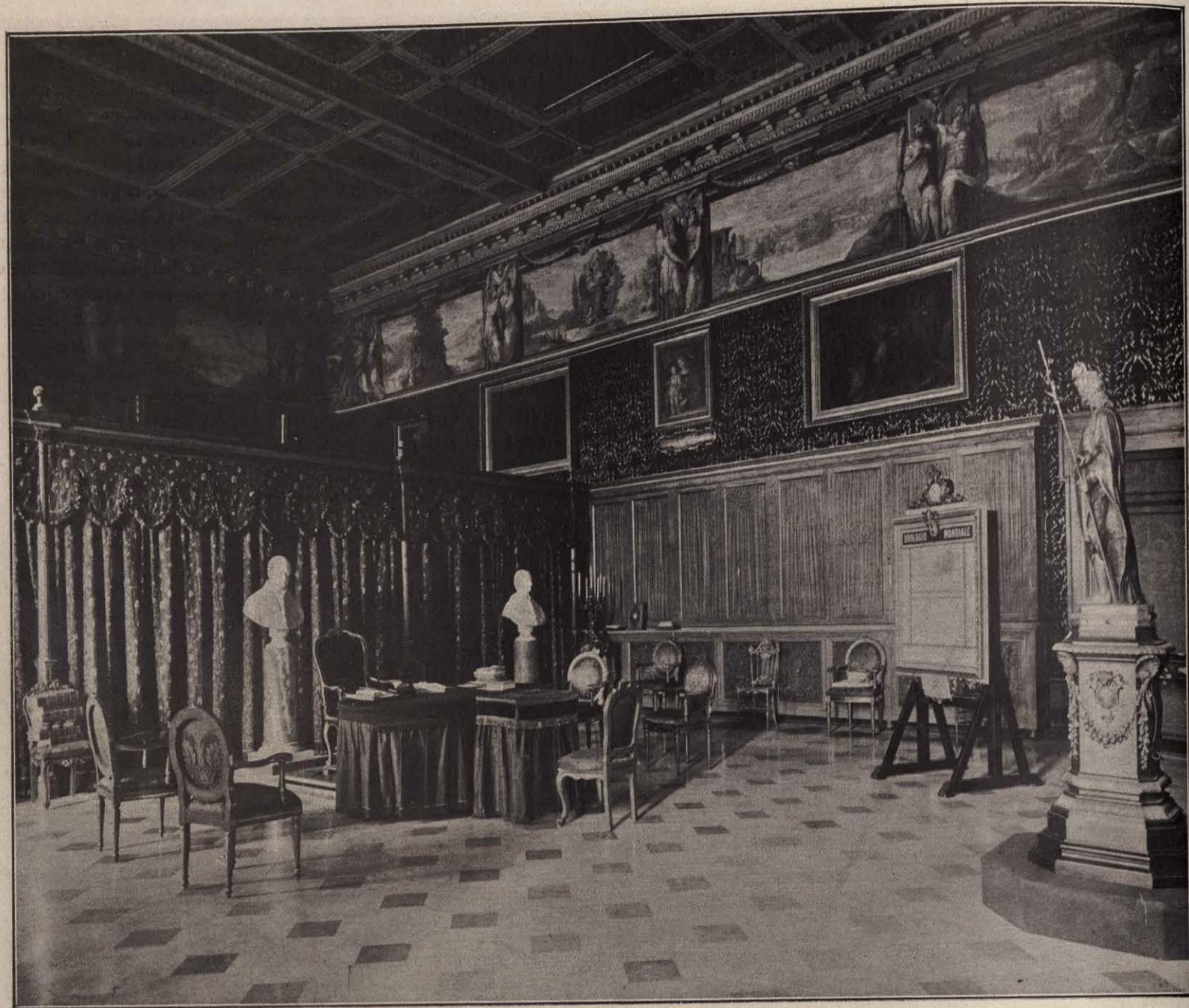
EL PAPA EN SU PORTANTINA (SILLA DE MANOS); por PABLO BÉJAR.

No ha sido éste el único presente; sábase que ha recibido muchos otros, á cual más valioso y significativo. El Comité de las Fiestas del Jubileo ofreció el óbolo recogido para los trabajos de restauración de San Juan de Letrán, Catedral del Papa é Iglesia madre de Roma y del universo católico. El Comité internacional para el solemne homenaje á Jesucristo Redentor y á su Augusto Vicario, presentóle el *Obolo de la tiara del amor filial* y, en nombre de las peregrinaciones italianas y extranjeras llegadas á la Ciudad Eterna durante el año santo y después, una ofrenda especial en efectivo. La peregrinación lombarda, presidida por Su Eminencia el Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán, con los Obispos de aquella región, entrególe, á par que el óbolo, la gran medalla de oro, conmemorativa del Jubileo, juntamente con los útiles empleados para acuñarla. La representación de las curias episcopales, dirigida por Su Eminencia el Cardenal Boschi, Arzobispo de Ferrara, ofrecióle las llaves simbólicas de la suprema autoridad pontifical, encerrando en monedas de oro el óbolo recogido expresamente entre sus colegas.

Por su parte, las Asociaciones católicas contribuyeron á los festejos con acuerdos cuya realización ha resultado en general sumamente curiosa y práctica. Tales fueron: el de regalar un ajuar completo á los niños de ambos sexos de las familias pobres de Roma, nacidos en la noche del

3 de Marzo, aniversario de la coronación de S. S., y también á los nacidos el 20 de Febrero, aniversario de su advenimiento al Pontificado; elegir al más anciano y á la más anciana de cada uno de los quince barrios de la ciudad, para que, vestidos á expensas de la Comisión, ofrecieran á S. S. el humilde óbolo recogido entre los pobres de Roma; acoger durante ocho días en las Casas de Ejercicios espirituales á noventa y tres jovencitos, en memoria de los noventa y tres años del Padre Santo, á fin de que pudiesen hacer su primera comunión el 3 de Marzo; rogar á S. S. que se dignase conceder una audiencia especial á los principales miembros de las citadas Asociaciones, para que, precedidos por los estandartes de sus respectivos distritos, le presentaran á los referidos ancianos y á los noventa y tres jóvenes que se hubiesen acercado por primera vez á la Sagrada Mesa; y dar, por último, una comida á dichos viejos y niños, como digno remate de unas fiestas con tanto regocijo y espontaneidad celebradas en honor de quien á todos sus títulos prefiere el de Padre de los pobres.

El Papa ha correspondido con verdadera largueza á esos cariñosos obsequios, entregando 500,000 liras á los institutos religiosos de enseñanza, 200,000 á la Propaganda, 100,000 á los menesterosos de Roma, 100,000 á las obras católicas de beneficencia y 100,000 al Observatorio



PALACIO DEL VATICANO — LA BIBLIOTECA.

Fot. de Ainari, hermanos (Roma).

del Vaticano; total: un millón de liras que, si se aplican como desea el donante, remediarán no pocas necesidades y enjugarán muchas lágrimas.

Aparte de las relevantes cualidades que le adornan, el actual Pontífice goza en el mundo católico de gran prestigio, y se comprende perfectamente el entusiasmo con que en esta ocasión se lo ha demostrado. No sólo ve en él al Jefe de su Iglesia; se complace en rodearle de una aureola de santidad, considerándole un sér sobrenatural, por obra y gracia de su Dios.

Y en verdad que, consultando las estadísticas, resulta León XIII un Papa verdaderamente privilegiado. Desde luego, excepción hecha de San Agustín, que vivió 107 años, y de San Gregorio, que murió después de cumplir los 99, ningún otro llegó á su avanzada edad, siendo también el tercero entre los que han contado más años de Pontificado; pues en los diez y ocho siglos transcurridos desde San Pedro á Pío IX, el primero de los cuales ciñó tiara por espacio de 31 año, aventajándole en seis meses el segundo, otro alguno de los 256 Papas que han existido, pudo llegar al día de su Pontifical Jubileo, como ha llegado el actual.

León XIII es además el más antiguo de los Obispos del mundo; habiendo sido consagrado á los 33 años Obispo de Damietta, en 27 de Junio de 1843. También es el más antiguo de los Cardenales del tiempo de Gregorio VI. De los Cardenales del tiempo de Pío IX quedan no más él y Monseñor Oreglia, Decano del Sacro Colegio, habiendo fallecido ciento cuarenta y cinco durante su Pontificado.

Según datos que tenemos á la vista y que prueban la actividad de León XIII, ha elegido éste 140 Cardenales y creado en los veinticinco años de gobernar la Iglesia, 2 Patriarcados, 33 Arzobispados, 140 Obispos, 54 Vicariatos apostólicos y 35 Prefecturas; que forman en totalidad 249 creaciones nuevas.

Si disponemos de espacio suficiente, consignaremos, antes de cerrar este número, algunos otros datos referentes á la constitución del Sacro Colegio y de la Familia Pontificia, que ahora omitimos para volver al objeto principal, de que sin querer nos hemos apartado.

León XIII habita, como su antecesor, en el Vaticano, el segundo piso de la parte Noroeste; cinco piezas sumamente sencillas: salón de

recibo, despacho en donde trabaja, dormitorio, biblioteca, que le sirve á la vez de comedor, y oratorio. Para llegar á estas habitaciones particulares hay que atravesar dos salas, ocupada la primera por suizos de guardia y la segunda por los camareros de servicio.

El dormitorio es bastante reducido y está modestamente tapizado de rojo, conteniendo por todo mueblaje una cama, una mesilla de noche, dos sillones, dos sillas y un reclinatorio.

El Papa duerme poco; puede decirse que solamente el tiempo necesario para reponer sus quebrantadas fuerzas. Amigo de madrugar, lo mismo en verano que en invierno se levanta temprano, tanto, que cuando su ayuda de cámara, en cumplimiento de las órdenes recibidas, entra á despertarle, de cinco á seis de la mañana, le encuentra casi siempre vestido. Después de las primeras oraciones, procede al aseo de su persona, reza luego las Horas canónicas con algunos de sus capellanes y pasa acto continuo á su oratorio privado, para celebrar el santo Sacrificio de la Misa, haciéndolo los domingos y días festivos en otra capilla mayor y ante contadas personas, treinta á lo sumo, á las que administra la sagrada Comunión por su propia mano.

El escritor protestante alemán Otto Vorder Pfordten, que por lo visto debió ser uno de los favorecidos, describe la impresión que le causó esta solemnidad íntima, en un artículo publicado en la revista *Velhagen & Clasings Monas Kheft*, que en parte traducimos á continuación:

«A las ocho en punto se abre una puertecita situada junto al altar y aparece el Papa. Delicado como está, el anciano parece un muerto; anda encorvado y le acompañan á su reclinatorio los dos sacerdotes en quienes se apoya. Lleva un alba blanquísimas, una cadena de oro con una cruz de brillantes en torno del cuello, y en la cabeza un solideo que sólo se quita en el instante de la Elevación.

» Al pasar entre los invitados, que le contemplan de rodillas, asoma á su rostro una bondadosa sonrisa.

» Ya llegó á su sitio. Diríase que una de aquellas marmóreas estatuas de Papas que adornan el Vaticano ha abandonado su sitio secular y está de pie ante el ara. Pero aquella estatua viva tiene majestad más alta que las inanimadas. Allí está, absorto en su plegaria, inclinada la cabeza